

RECORDANDO MÁS DE UNA VEZ AQUELLA CAUTELA PEDAGÓGICA

AMIGOS DE LA UNIVERSIDAD

Recordando más de una vez aquella cautela pedagógica que me decía un catedrático de Filosofía de la Central que acostumbraba a usar cuando exponía alguna opinión de Santo Tomás. Explanaba la tesis del modo más atractivo posible: y sólo cuando notaba signos de anuencia y buena acogida en sus alumnos nombraba a Santo Tomás como primer autor de aquellos pensamientos. Si echaba al Santo por delante, se producía la dispersión de la atención de los alumnos y aun la sonrisa suficiente como esperando alguna rampolna antigualla. Venía a ser como lo que "El Séneca" me contaba de aquel jornalero que se acercaba con un saco a la espalda a la casa de una finca rodeada de precauciones porque estaba cazando allí un alto personaje. La Guardia Civil le dio el "alto" y le preguntó áspidamente qué llevaba en el saco. "Agua", contestó el labriego. Lo tomaron a burla y le hicieron vaciar el saco. Llevaba una bomba de agua, que había tenido que repararse, para instalarla en el cortijo. Pero explicaba: "Empecé por el final y dije "agua": porque si empiezo por decir que llevaba una bomba no me iban a dar tiempo de acabar la frase y decir que era de agua."

Utilizando el mismo ordenamiento gramatical—sintaxis de la cautela—yo diré que soy "amigo de la Universidad". Esto es una de las enunciaciones más prestigiadas y bien vistas dentro del mundo civilizado. La Universidad debe tener "amigos". Su vida de relación no debe de tenerse en esa primera línea de lo oficial. No debe ser amiga nada más que del ministro, el director general, el gobernador o el alcalde. Debe prolongarse en una periferia amistosa y social. Como lo están tantas en el mundo libre: circundadas de interés, de personas particulares, de consejos, de donativos, de herencias, que la convierten en algo caliente y vivo en la línea de esos órganos jugosos y creados de abajo arriba, que ahora se exaltan y acarician tanto como huertecitos electorales. Yo soy "amigo de la Universidad", con una amistad corporativa y organizada; con unos doce mil compañeros de asociación, presididos hasta hace poco por el doctor Jiménez Díaz y ahora por el magistrado Castán Palomar. Y así llega ya el momento de terminar la frase iniciada: "amigo de la Universidad... de Navarra". Navarra es aquí el último enunciado del sintagma cauteloso: como Santo Tomás o como la bomba, en los ejemplos anteriores.

Y es así porque bajo ese enunciado claro y tranquilo existen bombas o temblorcillos polémicos. Está, primero, el arrastrado y viejo pleito hispánico de la libertad u oficialidad de las universidades. Parece que no bastan las deslumbrantes razones estadísticas y universales; el setenta y cinco por ciento de las universidades del mundo son libres: y en la lista suenan los nombres de Oxford, Cambridge, Harvard, Columbia. Lo cual no es más que la realización de ese principio puro según el cual la docencia es

una función social, antes que estatal. Es decir, que estirando la línea medular de la Universidad de Navarra, con sus centros coherentes por unidad de espíritu, con sus profesores contratados temporalmente, va a darse con el Municipio, con la familia, con la empresa: con todo lo que es creación natural y biológica de la sociedad dentro de un orden tradicional. En cambio, estirando la línea dorsal de la Universidad estatista, organizada, como dice el profesor D'Ors, como una "federación de cátedras", va a darse con la empresa socializada, con la economía intervenida, incluso con la familia militarizada y la prole requisada: es decir, en todas las demencias retorcidas del estatismo totalitario.

También anda por ahí, por debajo del enunciado amistoso, otra bomba polémica: el pleiteo de las universidades católicas, entendidas frente a la oficial como un "anti" o postura objetante. Esto es, inercia y resabio del siglo pasado, que, acaso por el predominio de los abogados en la vida pública, estuvo regido por una mentalidad litigiosa. Desde las constituciones, que tenían aire de "laudos" entre pueblos y gobernantes, hasta los partidos, que parecían actuar como demandantes y demandados del poder, todo tenía estilo de contienda forense. No es extraño que la Universidad católica se interpretara como providencia favorable ganada contra el laicismo oficial. Pero es todo lo contrario. La Universidad de Navarra no puede interpretarse como algo agresivo que viene desde fuera a hincarse en la docencia española como un "anti" puntiagudo y agresivo, sino como un fruto maduro y un producto lógico de la catolicidad hispana.

No se entenderá nunca bien la Universidad de Navarra mirándola por el borde que la inserta en lo nacional, sino por el borde con que se abre, por "universitas" y por católica, a lo universal. Las anchas mentes de Juan XXIII y el padre Escrivá no concibieron nunca ese centro con ánimo defensivo hacia adentro, sino con ánimo de paso hacia afuera. Nota fundamental de esta hora es la erección y consolidación de la independencia de más de media Humanidad. Has-

ta a y e r "misionar" era enseñar catecismo a grandes masas coloniales. Ahora, liberadas esas masas, "misionar" tiene que ser construirles sus selecciones dirigentes y universitarias: y esto es lo que la Iglesia no quiere que sea hecho únicamente por centros laicos, o protestantes, o musulmanes. Por eso cuando se ven los patios y pasillos de la Universidad de Navarra hirvientes de hombres de todas las razas, colores y geografías se comprende que la Universidad no ha sido pensada con los malos humores de los pleitecillos interiores docentes de Menéndez Pelayo y los krausistas, sino con las alas y los ímpetus universales de ese típico navarro que fue San Francisco Javier.

Porque ese es otro de los temblorcillos polémicos bajo el rótulo: Navarra. En la escena primera de su comedia "Tribajos de amor perdido", William Shakespeare hace decir al Rey de Navarra: "Navarra ha de ser el asombro del universo: y nuestra corte una pequeña academia apacible y contemplativa entregada a la serenidad del estudio"... Parece casi una profecía. Navarra era ya como el grano de alcanfor de esta piel de toro de España en la conservación de las tradiciones. Quizá esté predestinada a ser también la conquistadora de lo nuevo y universal. "¡Qué buen vasallo si hubiere buen señor!" "¡Qué buen soldado, requeté, chorro viril, el navarro, si hubiere buenos y ensanchados horizontes de cultura!"

Y queda bajo el rótulo la última bomba, polémica y rutinaria. La Obra de Dios; el Gran Canciller. No he entendido nunca, desde mi atalaya neutral e independiente, por qué muchos compañeros míos de oficio intelectual no colocan todo ese episodio en su línea verdadera, más allá de la pequeña anécdota de cada día: en la amplia línea de la historia de la espiritualidad; del humanismo cristiano; de la nueva ascética; de la premonición del Concilio. Yo, como español, me ufano de que haya el nombre de un compatriota en cada una de las esquinas del "devenir" católico: Santo Domingo y los albigenses; San Ignacio y el luteranismo; San José de Calasanz y la enseñanza primaria de las masas. Y luego el autor de "Camino" con sus dos millones de ejemplares en todas las lenguas; "best seller" del espíritu nuevo y ecuménico.

Dijo Pedro Laín, siendo rector de la Central: "Un deplorable, mas no irremisible encogimiento de la vida social de nuestra Universidad, ha reducido a los actos de apertura de curso la comunicación directa entre ella y el mundo por el cual y en el cual existe"... A corregir eso es a lo que van a Pamplona los amigos de la Universidad con aire alegre y fiestero. Van a regocijarse en una obra progresiva y universalista. Y a correr, sin darle importancia, delante de los torillos de las objeciones, como en unos "sanfermines" gozosos e intelectuales.

José María PEMAN

De la Real Academia Española

Limpio,
feliz; y
cuidado
con...

Bálsamo Bebé
"EL ESPECÍFICO DE LAS ESCOCCEDURAS"

Consulte a su Médico.

